

El libro y la posibilidad del acontecimiento estético

The Book and the Possibility of the Aesthetic Event

Dionísio VILA MAIOR
Departamento de Humanidades
UNIVERSIDADE ABERTA | Portugal
Contacto: dionisiovm@gmail.com

Resumen

En el escenario civilizatorio contemporáneo, muy basado en la cultura de lo inmediato, a menudo en detrimento de la dimensión humana y humanista, se hace imprescindible proporcionar hábitos y lecturas que puedan contribuir de alguna manera a la conservación, clarificación, difusión y estructuración de otra memoria, marcada por los hábitos de lectura y escritura, por la conciencia del libro como “fuente de vitalidad del espíritu” (como decía George Steiner), aunque sea a costa del multivocalismo hipertextual. Sabiendo que ni la literatura, ni los comportamientos sociales son fenómenos estáticos —y que la lengua, como decía Mijaíl Bajtín, “vit et évolue historiquement dans la *communication verbale concrète, non dans le système linguistique abstrait des formes de la langue, non plus que dans le psychisme individuel des locuteurs*” (Bajtín, 1977: 137; cursivas en original)—, intentaré abordar, entre otras cuestiones anexas, la necesidad de otorgar confianza a las Humanidades (y, en el caso concreto, a la literatura); la necesidad (absoluta) del hábito de la escritura y la lectura del texto literario, en un universo cada vez más marcado por las nuevas tecnologías de la información y la comunicación que colorearán polifónicamente una cultura digital con una interfaz dominada por el poder cibercultural e hipertextual de la escritura y la lectura web.

Palabras clave: libro, literatura, humanidades, lectura literaria, escritura, hipertexto

Abstract

In the contemporary civilizational scenario, which is very much based on the culture of the immediate, often to the detriment of the human and humanist dimension, it becomes essential to provide habits and readings that can somehow contribute to the preservation, clarification, dissemination, and structuring of another memory, marked by reading and writing habits, by an awareness of the book as “source of the vitality of the spirit” (as George Steiner said), even if at the expense of resorting to hypertextual multivocalism. Knowing that neither Literature nor social conduct are static phenomena—and language, as Mikhaïl Bakhtine said, “vit et évolue historiquement dans la *communication verbale concrète, non dans le système linguistique abstrait des formes de la langue, non plus que dans le psychisme individuel des locuteurs*” (Bakhtine, 1977: 137; emphasis in original)—I will try to address, among other attached issues the need to grant confidence to the Humanities (and, in the specific case, to literature); the (absolute) necessity of the habit of writing and reading the literary text, in a universe increasingly marked by the new information and communication technologies that will polyphonically chroma-tize a digital culture with an interface dominated by the cybercultural and hypertextual power of *webwriting* and *weblecture*.

Keywords: book, literature, humanities, literary reading, writing, hypertext

El “desorden” de la lectura del *scripto*

En Text-e —el primer coloquio enteramente virtual dedicado a reflexionar sobre el impacto de Internet en la lectura, la escritura y la difusión del conocimiento, celebrado del 15 de octubre de 2001 a marzo de 2002—, Gloria Origgi planteó una pregunta a Umberto Eco (2003); le preguntó qué era lo que, en su opinión, distinguía al libro “d’une autre forme quelconque de communication qui circule” (s. p.). Umberto Eco (2003) responde, “les mécanismes psychologiques de l’attention”, y añade, recordando que la velocidad que subyace a la lectura en pantalla ha sustituido a la mayor serenidad que siempre ha permitido la lectura de manuscritos: “L’espèce humaine s’est habituée à un certain type d’attention qui implique de feuilleter les pages, et de s’y arrêter intentionnellement. La lecture sur écran est fatalement différente, plus rapide” (2003: s. p.). Ahora bien, el sentido de estas palabras nos parece muy pertinente, fundamentalmente en lo que podemos encontrar en ellas de visión crítica de un escenario civilizatorio contemporáneo tan a menudo ajustado al signo de la velocidad y la inmediatez, ese escenario donde se privilegia el tiempo de Mercurio en detrimento del tiempo de Vulcano. Y por la relación entre estas nociones no sería excesivo pensar que el autor de *Obra abierta* hubiera querido apuntar a las causas profundas que están en el origen de un cierto “desorden” de la lectura del *scripto*, con la consiguiente subversión en la forma de mirarnos a nosotros mismos. ¿A qué se debe este “desorden”? (Coover, 1992; Eco y Carriere, 2017).

Veamos: Wiesse Rebagliati (2010: 93) advirtió que la forma de representar al hombre influye en la forma de leer, y no es incorrecto afirmar que el libro escrito ya no representa, efectivamente, el principal foco de energía de nuestra civilización. Sin embargo, aunque las experiencias de lectura se hayan transformado, aunque la práctica cultural de leer un libro en su formato tradicional haya perdido cierto impulso (tan grande es el peso de lo audiovisual), aunque el acto de leer se haya ajustado a la coacción de la lectura rápida, aunque el libro, en ese formato, haya perdido posición hegemónica, nunca podrá morir. Más aún: podríamos suponer que la evolución de la sociedad se confirmaría en la razón directa de la ampliación del radio de acción de la *interface* gráfica del monitor de la computadora sobre la espacialidad de la página escrita del soporte del libro (Petrucci, 1997). ¿Un complemento tecnológico? Ciertamente. ¿Violación del acto individual y del espacio íntimo en favor del colectivo? Cada vez más. ¿Insolvencia de la lógica entendida por la “visibilidad”, esa capacidad imaginativa de mirar con los ojos cerrados que Italo Calvino (s. f.) imputa al compromiso de cada sujeto en el propósito de vivir necesariamente con él en este milenio? Ciertamente, sí.

Entonces, ¿podemos decir que el libro continuará? Sí, lo hará. Sólo redefinirá el soporte material (antes papel; ahora, profundamente digital).

La desfiguración de las condiciones forjadas por Gutenberg

Sea como fuere, es sobre todo en los principios generalmente formulados sobre la relación del escritor y del lector con el libro donde se define más convincentemente la posibilidad de equiparar una circunstancia que consideramos relevante: la que remite a la desfiguración de las condiciones forjadas por Gutenberg para su lectura (me refiero a la consistencia del lenguaje, al silencio de la lectura, al encuentro con nosotros mismos que propicia la lectura). Estas condiciones nos han ido configurando durante siglos, pero del mismo modo hemos estado ausentes de estas condiciones (conscientemente, quizás), contribuyendo así a quitarle al libro, en su formato tradicional, su condición de “gran metáfora” (Birkerts, 1999; Chartier, 2002).

El enorme desarrollo tecnológico (además del difícil contexto actual) ha traído consigo, naturalmente, dos consecuencias inevitables en cuanto a las relaciones con los libros: el cambio radical de los hábitos de lectura y escritura y el debilitamiento del soporte *scripto*. Sin embargo, no olvidemos que los desarrollos a lo largo de la historia siempre traen consigo, naturalmente, nuevas implicaciones discursivas (en las formas de escribir y leer), nuevas implicaciones cognitivas (en los procesos cognitivos) y nuevas implicaciones sociales (en las formas de acceso a la información). No olvidemos que la piedra y el barro fueron sustituidos por el papiro y el *kilindro* (el rollo de papiro), que fueron sustituidos, a su vez, por el pergamino y el *codice*, y, más tarde, por el papel y el libro. Este hecho fue permitido por la máquina de imprimir con tipos móviles a partir del siglo xv, mecanizando entonces la actividad de impresión y composición del libro (prácticas que dejaron de ser manuales y artesanales) y consintiendo (incluso por la subordinación al latín, la lengua dominante) un acceso muy diversificado a los libros. ¿Y qué decir del privilegio de la Antigüedad concedido a la lectura en voz alta, al arte de la oratoria y a la lectura en público, o de la prerrogativa concedida por la Alta Edad Media a la lectura silenciosa? (Recordemos cómo, en el Libro VI (3), Aurelius Augustinus Hipponensis [San Agustín], revela, en sus *Confesiones*, haberse asombrado de que Aurelio Ambrosio leyera en silencio).¹ Con cada nuevo soporte, y sabiendo que un mensaje está profundamente ligado a su soporte material, encontramos así, a lo

¹ “Lendo, os olhos [de Aurelio Ambrosio] percorriam as páginas e o coração penetrava o sentido; a voz e a língua, porém, permaneciam em repouso. Amíúde, quando estávamos presentes — porque a ninguém era proibido entrar e não havia o hábito de lhe anunciar quem chegava —, o observávamos lendo calado, e nunca de outra forma. Sentávamo-nos em longos silêncios — de facto, quem ousaria importunar um homem tão concentrado? —, e então partíamos, conjeturando que, naqueles curtos momentos que conseguia reservar para a recuperação de sua mente, livre do ruído das questões alheias, não quisesse ser distraído por outra coisa [...]” (Agostinho, 2017: 119). Sobre estas cuestiones, véase también Febvre (1992) y Katzenstein (1986).

largo de la Historia, diversas modificaciones en la elaboración y recepción del texto, en las funciones de éste, en los procesos discursivos.

Una nueva escritura

¿Y qué ocurre hoy? La edición digital, la pantalla del computador, los dispositivos portátiles, el *e-book reader* son cada vez más privilegiados. Se establecen nuevos hábitos de lectura, nuevos *timings* de producción (plurivocal) en la disponibilidad de los contenidos. Las relaciones entre autor, editor y lector son diferentes, relaciones construidas por las nuevas infraestructuras tecnológicas —casi convirtiendo el libro electrónico en una especie de avatar del libro impreso (Buckingham, 2010; Furtado, 2021; Soares, 2002).

Hoy, ¿qué está pasando? Surge una nueva escritura: al libro impreso en papel —de límites bien definidos, desarrollándose linealmente, secuencialmente, marcando bien la propiedad sobre sí mismo y la distancia entre autor y lector— le sigue el texto digital —que surge en la pantalla—, promoviendo una lectura dinámica, hipertextual, multimedia, dando al lector la posibilidad de interferir y cambiar los límites de la lectura, consintiendo (qué pacto de lectura) la difuminación de la distinción entre autor y lector (ya que el lector también crea digitalmente su narrativa) (Bernstein, 2002; Ferrand, 1997; Furtado, 2021; Longhi, 2005; Marcuschi y Xavier, 2005; Portela, 2003). A la comunicación más asíncrona le suceden nuevas prácticas comunicativas: mayor sincronía; mayor multimodalidad; nuevas dinámicas de conversación; mayor interacción (virtual); mayor libertad (perversa) de lectura (y perversa, por estar tantas veces sigilosamente restringida por las virtualidades digitales del algoritmo).

El productor, el lector y el hipertexto

A todo esto, la forma en que el autor produce sus contenidos no puede ser indiferente. Viviendo en una cultura esencialmente “gráfica”, fortaleciendo las competencias digitales desarrolladas en *blogs*, redes sociales, chats y salas de conversación, con el uso de herramientas de comunicación a distancia, siendo la escritura un producto socio-histórico-cultural, podemos recurrir fácilmente a diferentes tipos de aplicaciones y *software* de producción literaria digital —como Storyspace (Bernstein, 2002; Longhi, 2005), Writing Challenge, Story Planner, The Brainstormer, Mind Node, yWriter, Scapple, Story Book, Creative Writer, etc.—. Sin dificultad, se recurre a un conjunto de “libertades” que el texto escrito no tiene (elegir y modificar el tamaño de la letra,

reescribir, subrayar, colorear, escribir con *imojs*, *gifs*, emoticonos). No es de extrañar la difusión de una *weblecture* y una *webwriting* con reglas bien definidas (objetividad, sencillez, concisión, conectividad, búsqueda de la cercanía al lector, hipertexto, *link building*, *storytelling*, *Searching Engine Optimization* a través de palabras clave, etiquetas, *hashtags*, jerarquía de títulos e intertítulos, textos con imágenes, etc.).

Por otro lado, desde este contexto en el que prevalece la comunicación multimodal, no se pueden desentrañar los hábitos y estructuras cognitivas de un lector que se está construyendo y que, más que contemplativo e íntimo, se configura progresivamente como un lector que se “desdobla” e “intercala” entre distintas informaciones de diferentes registros, como aclaran Aparicio Terrasa y Castellà Lidón (2009):

Leer hoy es enfrentarse a discursos complejos que integran de forma interactiva varios modos o sistemas de representación del conocimiento (escritura, imagen estática, habla, sonido, imagen en movimiento, animaciones, vínculos hipertextuales, etc.) [...] Ya no leemos siempre de izquierda a derecha ni de arriba abajo, siguiendo la linealidad de la prosa. Ahora saltamos de un título escrito a una foto, de la música ambiental a un vídeo, o nos fijamos en ambas cosas al mismo tiempo. (218)

Como vemos, la conceptualización del lector en el ámbito digital contemporáneo no puede dejar de relacionarse con los diferentes modos y sistemas de representación del conocimiento, cobrando aquí una importancia nuclear la cuestión del *hipertexto*.

Término acuñado por Ted Nelson para designar la escritura desarrollada en el espacio no lineal y no secuencial que permite la computadora, el hipertexto proporciona un conjunto de rutas alternativas, ya que apunta a muchas direcciones entre segmentos de texto(s). De lo que se trata, pues, es de enmarcar el hipertexto —“principio característico de organización del hiperespacio representado por la infoesfera” (Floridi, 1999: 128-129)— como un texto al que se une en red un conjunto de otras informaciones multimedia. Lo mismo es decir que al hipertexto preside la noción de producto digital calificado principalmente por su plurivocidad discursiva dinámica e interactiva, configurada en las múltiples posibilidades de enlaces e hipervínculos, susceptibles de promover el cruce e intersección de diferentes unidades, sistemas y códigos semióticos. Al obligar al lector a transitar por diferentes esferas de la comunicación y la información, el hipertexto amplía, así, la práctica de la lectura y promueve nuevas formas de leer. El hipertexto solicita, por tanto, a las tecnologías digitales un concepto amplio de *lectura* —que involucra, naturalmente, el lenguaje verbal, pero también otros sistemas semióticos y otros lenguajes (fotografía, vídeo, música)—, privilegiando la intuición, la recursividad técnica y tecnológica, la capacidad de conexión intertextual, la capacidad asociativa, y la velocidad.

Enseñar a leer literatura

Nos encontramos, por tanto, en unas condiciones que nos permiten entender cómo, en el ámbito digital, se produce el *descentramiento* del texto, la subversión del poder demiúrgico del autor (ahora, un DJ [Otero, 2009]) y la redefinición de la figura del lector (ahora, más participativo), o la polifonía no lineal de la información (con el fracaso de las tradicionales jerarquías de capítulos u otras divisiones textuales, teniendo en su lugar conjuntos de texto a menudo momentáneos, complementados con sonido, imagen y vídeo). Y, inmersos en este universo digital y cibercultural donde el signo cultural está rubricado por una profunda renovación epistemológica —con nuevos soportes, nuevos materiales, nuevos lenguajes, donde el poder simbólico-computacional es un activo, y donde las tecnologías digitales, las NTIC (Nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación) y los VLE (Entornos Virtuales de Aprendizaje) ganan terreno—, nos sentimos obligados a preguntar: ¿el uso de las tecnologías digitales y la integración de los nuevos lenguajes en el texto verbal auxiliar comprometen la comprensión? ¿Qué puede enseñar el profesor de literatura? ¿Cómo enseñar a leer el texto literario? En el contexto descrito, que a su manera nos reprime, ¿tienen sentido las palabras de George Steiner (1993), cuando dice que cuando hacemos que “la poesía, la música, el arte entren en nuestro ser [...] vemos la presencia desnuda [...] de la propia libertad” (150), o cuando doctrina que “la relación de una lectura completa [...] es un acto metafísico y en última instancia un acto teológico” (192; mi traducción)?

Observemos que la reflexión sobre la enseñanza de la lengua y la literatura requiere, por supuesto, una reflexión sobre el contexto contemporáneo. El escenario civilizatorio contemporáneo está muy basado en la cultura de lo inmediato, a menudo en detrimento de la dimensión humana y humanística, a menudo con una consecuente disolución o atomización (por razones que no interesan ahora desarrollar) de la memoria cultural y literaria. También por ello, y correlativamente, se hace imprescindible aportar lecturas que puedan contribuir de alguna manera a la preservación, clarificación, difusión y estructuración activa de esta memoria, llevándonos, sobre todo, a saber cómo actuar.

Es cierto que el profesor de literatura debe comportarse cada vez más como un director de orquesta. Debe dominar múltiples competencias: literarias, científicas, pedagógicas, por supuesto, pero también tecnológicas, sin olvidar que es (cada vez más) obligatorio conocer las modalidades de las licencias Creative Commons, los *Derechos de autor y derechos conexos*, los *Derechos internacionales de protección de los artistas, intérpretes y ejecutantes*, el *Convenio de Berna para la protección de las obras literarias y artísticas*, el *Tratado de la Organización Mundial de la Propiedad Intelectual*. Es (cada vez más) importante saber trabajar con programas básicos (Word, Excel, Access, Adobe, PowerPoint, Windows Media Player, PaintNet, VDownloader, conversores

varios); con plataformas de investigación (B-on, Scielo, Academia Edu, bibliotecas y repositorios digitales, etc.); con plataformas y aplicaciones de participación social (Linkedin, Facebook, Instagram, Twitter, Whatsapp, Messenger, Telegram, Viber, etc.); con herramientas de comunicación sincrónica y cooperación (Zoom, Jitsi Meet, Skype, Google Duo, Google Hangout, Youtube, Oovoo, etc.); con aplicaciones de autopublicación (Jimdo, WordPress, Blogger, Slideshare, etc.); con programas de edición y reproducción multimedia (Movavi, Audacity, Finale, Encore, Sibelius, etc.); con programas de envío de archivos de gran tamaño (Wetransfer, Filemail, Volafire, Send Anywhere, etc.); con programas de archivo y compartición de archivos (Box Net, Dropbox, Google Drive, Mega, Cubby, OneDrive, SugarSync, SlideShare, Ubuntu One, ZipCloud), etc.

Sea como fuere, y en el escenario cultural contemporáneo, innegablemente vivido bajo el signo del tiempo, compartimos la idea de que hay que trabajar cada vez más en la confianza en las Humanidades y, en el caso concreto, en la confianza en la literatura. Recuerdo cuatro (de las seis) propuestas de Italo Calvino para el próximo milenio: “ligereza”, “precisión”, “visibilidad” y “multiplicidad” (Calvino, s.f.). Ahora bien, estas *propuestas* se desarrollan a partir de las ideas de fin (de milenio) y, sobre todo, de principio (de milenio, también), terminando, en cierto modo, por concentrar su pensamiento —del que una faceta apuntaría a la confianza que es necesario depositar precisamente en la literatura; esta confianza se refleja, sobre todo, en lo que podemos aprender de ella sobre la posibilidad de levantarnos “sobre o peso do mundo” (Calvino, s. f.: 26).

La literatura y la adición del *yo* lector

Esta reflexión nos remite a las palabras de Fernando Pessoa, cuando se refiere a la finalidad de la literatura: liberar, ya que nos hace elevarnos por encima de los instintos, de las preocupaciones morales o inmorales. Ahora bien, es este sentido del que habla Pessoa el que el profesor de literatura debe compartir y desarrollar con sus alumnos. Preguntamos retóricamente: ¿no es cierto que en el diálogo con la literatura se encuentra el proceso constructivo de quienes la producen y de quienes la leen? Estamos absolutamente seguros de eso, porque la literatura —la buena literatura— nos invita a hacer realizaciones positivas.

Para que esto ocurra, en el entorno digital contemporáneo, más que interrogar al alumno sobre el simbolismo del texto literario, es importante enseñar a leer el símbolo, a construir lo simbólico y a descubrir lo simbólico (Lee y Spratley, 2010: 9-10). Para que esto ocurra, los alumnos deben comprender la razón, las motivaciones, de los sentimientos abordados en los textos literarios; y deben entender, reconocer y justificar las

“herramientas retóricas” utilizadas por los autores, así como ser capaces de percibir las conexiones intertextuales e hipertextuales. Por lo tanto, será obligación del profesor orientar a los alumnos para que entiendan el nivel de dominio y “acreditación” de la información digital; cuiden la información que circula en el espacio de internet y con la “facilidad” con la que invita a ser “integrada” sin referenciar en los textos que se produzcan; desarrollen y consoliden la capacidad de leer textos escritos, de diferentes géneros y con diferentes temáticas; sepan leer con fluidez y profundidad, jerarquizando el contenido del texto, aprehendiendo críticamente su significado; adquieran, interioricen y automaticen los procesos que permiten descodificar textos literarios de diferentes géneros y grados de complejidad; sepan utilizar las claves textuales para eliminar ambigüedades, deducir significados implícitos y reconocer usos figurados; aprecien críticamente la dimensión estética de los textos literarios; interpreten los lenguajes icónicos y simbólicos; establezcan relaciones temáticas entre los textos; desarrollen la capacidad de producir textos orales en su lengua estándar, según categorías y géneros específicos; utilicen correctamente diferentes recursos verbales y no verbales; dominen las técnicas fundamentales de la escritura compositiva; planifiquen y organicen las ideas de forma articulada; utilicen un vocabulario diverso y preciso; seleccionen las ideas de forma adecuada; reconozcan los valores culturales, estéticos, éticos y humanísticos que impregnan los textos; sepan ser constructivos; reconozcan el sentido edificante del texto literario.

A este respecto, recordamos de nuevo a George Steiner (1993): “Cuando nos encontramos con el acto del poeta”, dice, “cuando ese acto entra en los recintos, espaciales y temporales, mentales y físicos, de nuestro ser, trae consigo una llamada radical al cambio” (132; mi traducción). Y añade, diciendo que, en un tiempo contemporáneo, irónicamente insólito, en el que prevalece el imperio del comentario y el comentario del comentario, en el que se privilegia el número y lo inmediato, en el que se difumina la frontera entre la *auctoritas* y lo efímero, en este tiempo, diríamos, es necesario alterar las sensibilidades, transformar la comprensión de nuestra experiencia inmediata, pues en esa alteración, en esa transformación, se encuentra la prefiguración de una acción. Esta acción no es más que la adición de cada individuo, la adición del yo lector, que se expande así en sus sentimientos, en sus disposiciones de alma, en sus afectos. Ahí reside también el placer de la lectura del texto literario, un placer que respeta (con cautela) el ser polifónico que es el texto literario, pero también el placer de que, a través de la escritura literaria, el autor pueda escuchar, seleccionar, recorrer (con atención) los significados polifónicos y pluridiscursivos de ese texto (utilizando dos términos y conceptos de Mijaíl Bajtín).

¿No son, después de todo, los principales propósitos de la enseñanza de la lectura de textos literarios el tomar conciencia de que la literatura nos permite acceder más

inmediatamente a la presencia íntima de nuestro ser primordial? ¿Guiar al alumno a purgarse de lo contingente, de la *vanitas*, y desarrollar el proceso de autoconciencia? ¿Contribuimos al fortalecimiento en el estudiante de “la mejora subjetiva de la vida” de la que hablaba Fernando Pessoa (1986: 1209)? ¿Promovemos el entusiasmo en el alumno?

Los libros y la búsqueda de la felicidad

En última instancia, puede decirse que la consolidación de todas estas reflexiones no es compatible con la determinación de un marco general atravesado tiránicamente por la señal tecnológica. No se trata de hablar de la muerte del libro (como, en parte, predijo en su día Apollinaire —cuando previó lo que hoy se conoce como *audiobook*— o, más tarde, el escritor norteamericano Philip Roth, cuando habló del fin de la literatura, por falta de lectores), sino de un cambio en los modelos de lectura considerados únicos —aunque la lectura (tradicional) del libro (en soporte tradicional) esté continuamente sometida a diferentes formas de recogida de información—. Ciertamente, se imponen nuevos espacios semióticos, nuevos *layouts* informativos. Recuerdo a Jorge Luis Borges (1999). En una conferencia pronunciada en la Universidad de Belgrano en 1978 sobre “El libro”, no acepta que se hable de su desaparición, apoyando su posición en la implicación casi sagrada que podemos mantener con el libro (y cito una edición portuguesa): “Pegar num livro e abri-lo mantém a possibilidade do acontecimento estético. [...] o que é um livro, se o não abriremos? É simplesmente um cubo de papel e de couro, com folhas; mas se o lemos acontece uma coisa extraordinária; creio que não é a mesma de cada vez que o fazemos” (Borges, 1999: 177). Y el autor de *El Aleph* sigue enseñando que el placer más auténtico para el hombre se encuentra precisamente ahí, en la lectura de las páginas escritas del libro (en soporte tradicional), lugar primordial, al fin y al cabo, de la verdadera felicidad:

Se lemos um livro antigo, é como se lêsemos todo o tempo que transcorreu até nós desde o dia em que ele foi escrito. Por isso convém manter o culto do livro. O livro pode estar cheio de coisas erradas, podemos não estar de acordo com as opiniões do autor, mas mesmo assim conserva alguma coisa de sagrado, algo de divino, não para ser objecto de respeito supersticioso, mas para que o abordemos com o desejo de encontrar felicidade, de encontrar sabedoria. (Borges, 1999: 177-178)

Buscar el significado más profundo de la *calidad humana* depende de la mirada de cada uno de nosotros. Encontrar esa suma del *yo* de Steiner o la felicidad de Borges depende de la actitud con la que busquemos el sentido más profundo de la calidad humana.

Es este sentido profundo el que, creo, nos caracteriza principalmente a cada uno de nosotros, lectores.

George Steiner nos alertó de la insuficiencia del lenguaje verbal para “leer” la gran obra artística (una pieza musical, una escultura, un cuadro), pero sobre todo del alejamiento de la verdadera esencia artística del libro y del objeto (artístico), recibido en un tiempo cada vez más irónicamente insólito. Es un tiempo en el que prevalece el “imperialismo del comentario y el comentario del comentario”; es un tiempo que privilegia el número y lo inmediato y que difumina la frontera entre la *auctoritas* y lo efímero. Es más: Steiner y Borges adivinaron a grandes rasgos una crisis de la humanidad que está olvidando la fijación de los sentidos, porque la humanidad está abandonando la noción de que el lenguaje tiene inherente en sí mismo la libertad de poder hablar de lo ficticio y de la pluralidad. Y hablar de la pluralidad de sentidos (o no sentidos) posibles o del posible producto exponencial del objeto artístico es decir que, al fin y al cabo, el “Arte Superior” siempre promueve dos libertades: la del objeto artístico (en movimiento a lo largo del tiempo) y la de su receptor —los saltos cuánticos de este encuentro deben estar siempre más allá del cálculo cuantificado y matemático.

También por todo esto, Steiner y Borges renacen continuamente en nosotros, porque nos alertaron sobre la razón de ser del arte, y del libro —que existe, porque el Otro (siempre) existe—; y ese objeto (también estético) debe entrar en nosotros y ponernos en contacto con nuestra conciencia, con nuestro íntimo, con nuestra singularidad, con nuestra humanidad vital. Concomitantemente, en una época contemporánea basada en la noción de lo inmediato, en detrimento de la dimensión humana y humanista, es necesario desarrollar hábitos de escritura y hábitos de lectura que puedan contribuir a la estructuración y preservación de una memoria, fuertemente marcada por los hábitos de escritura y lectura. En una época contemporánea basada en la noción de velocidad, es absolutamente necesario acentuar la conciencia del libro como “fuente de vitalidad del espíritu” (como decía George Steiner), del libro que “conserva algo sagrado, algo divino” (como decía Borges), una conciencia que, en primera y última instancia, acaba siendo la percepción de un dictamen muy especial. A través del libro, conseguimos acceder de forma más inmediata a la presencia íntima de la Vida, del Ser, de lo Divino. Y si, en estos agitados tiempos contemporáneos, se retira ese sentido de lo divino, se retira la humanidad; y eso sería la muerte de todos nosotros.

Referencias bibliográficas

AGOSTINHO, Santo. (2017). *Confissões*. (Lorenzo Mammi, Trad.). Companhia das Letras: Alianza Editorial.

- APARICIO TERRASA, Helena; CASTELLÀ LIDON, Josep Maria. (2009). “Reflexiones sobre la lectura multimodal: el caso del PowerPoint”. En Daniel Cassani (Coord.), *Para ser letrados. Voces y miradas sobre la lectura* (pp. 217-231). Paidós.
- BAJTÍN, Mijaíl (V.N. VOLOCHINOV). (1977). *Le marxisme et la philosophie du langage*. Éditions de Minuit.
- BERNSTEIN, Mark. (2002). “Storyspace 1”. En *Proceedings of Hypertext '02* (pp.172-181). University of Maryland,
- BIRKERTS, Sven. (1999). *Elegía a Gutenberg. El futuro de la lectura en la era electrónica*. Alianza Editorial.
- BORGES, Jorge Luis. (1999). “O livro”. En *Obras Completas (1975-1988)* (pp.171-178). Círculo de Leitores.
- BUCKINGHAM, David. (2010). “Cultura digital, educação midiática e o lugar da escolarização”. *Educação e Realidade*, 35(3), 37-58.
- CALVINO, Italo. (s. f.). *Seis propostas para o próximo milénio*. Editorial Teorema.
- CHARTIER, Roger. (2002). “Before and After Gutenberg. A Conversation with Roger Chartier” (en línea). *The Book & The Computer*.
- COOVER, Robert. (1992, 12 de junio). “The End of Books” (en línea). *The New York Times*, Books. Recuperado el 23 de abril de 2021 de <https://movies2.nytimes.com/books/98/09/27/specials/coover-end.html>.
- ECO, Umberto. (2003). “Auteurs et autorité: un entretien avec Umberto Eco”. En Gloria Origgi y Noga Arikha, *Text-e: le texte à l'heure de l'Internet* (pp.215-232). Bibliothèque publique d'information.
- ECO, Umberto; CARRIERE, Jean-Claude. (2017). *Não contem com o fim dos livros*. Gradiva.
- FEBVRE, Lucien. (1992). *O aparecimento do livro*. Unesp
- FERRAND, Nathalie (Dir.). (1997). *Banques de données et hypertextes pour l'étude du roman*. PUF.

- FLORIDI, Luciano. (1999). *Philosophy and Computing. An introduction*. Routledge.
- FURTADO, José Afonso. (2021). *Enciclopédia e Hipertexto. Livro e leitura no novo ambiente digital* (en línea). Recuperado el 23 de abril de 2021 de <http://www.educ.fc.ul.pt/hyper/resources/afurtado/index.htm>.
- KATZENSTEIN, Ursula E. (1986). *A origem do livro*. Hucitec.
- LEE, Carol; SPRATLEY, Anika. (2010). *Reading in the Disciplines: The Challenges of Adolescent Literacy*. Carnegie Corporation of New York.
- LONGHI, Raquel. (2005). "Storyspace e hipertexto: uma relação duradoura". *Famecos*, (26), 68-76.
- MARCUSCHI, Luiz Antônio; XAVIER, Antônio Carlos (Coord.). (2005). *Hipertexto e gêneros digitais. Novas formas de construção do sentido* (2a ed). Editora Lucerna.
- OTERO, Diego. (2009). "El escritor como DJ". *El Dominical. Suplemento de actualidad cultural de El Comercio*, (28), 5.
- PESSOA, Fernando. (1986). *Obras de Fernando Pessoa* (Introducciones, coordinación y notas de António Quadros). Lello & Irmão Editores.
- PETRUCCI, Armando. (1997). "Lire pour lire: un avenir pour la lecture". En Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (Dirs.), *Histoire de la lecture dans le monde occidental* (pp.401-425). Éditions du Seuil.
- PORTELA, Manuel. (2003). "Hipertexto como Metalibro". *Ciberscópico*, 1-15.
- SOARES, Magda (2002). "Novas práticas de leitura e escrita: letramento na ciber-cultura". *Educação e Sociedade*, 23(81), 143-160.
- STEINER, George. (1993). *Presenças Reais. As Artes do Sentido*. Editorial Presença.
- WIESSE REBAGLIATI, Jorge. (2010). "La muerte de la lectura". En *Otros textos. Apropiaciones, 1989-2009* (pp.83-94). Universidad del Pacífico.